

Pensar topogràficament: Lugar, espacio y geografía*

Jeff Malpas

University of Tasmania y La Trobe University
jeff.malpas@utas.edu.au



Recepción: marzo de 2015
Aceptación: marzo de 2015

Resumen

El texto parte de la consideración de una serie de problemas relacionados con la manera en que se ha producido el denominado «giro espacial» en distintas disciplinas sociales, con el fin de reivindicar una forma de pensamiento topográfico que asuma el lugar como centro de comprensión de lo humano. Para ello, se presentan una serie de nociones básicas (como las de límite, determinación o crítica) que articulan el marco dentro del cual los conceptos de espacio, lugar y tiempo pueden definirse ontológicamente y que ofrecen una manera de reflexionar sobre el lugar de lo humano, que es, a la vez, una reflexión sobre el propio lugar del pensamiento.

Palabras clave: lugar; pensamiento topográfico; giro espacial; ontología.

* Este artículo es la traducción al español hecha por Paloma Puente Lozano (Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja, Universidad Carlos III de Madrid) de un texto inédito en inglés, escrito por Jeff Malpas por invitación de la revista *Documents d'Anàlisi Geogràfica* y titulado «Thinking topographically: Place, Space, and Geography». El original en inglés puede descargarse de la página web personal del autor: <<http://jeffmalpas.com/downloadable-essays/>>. Este texto puede considerarse complementario al artículo publicado por Malpas en 2012 en *Environment and Planning D. Society and Space* (Malpas, 2012b), donde aborda igualmente los problemas conceptuales de los debates geográficos actuales. Para una evaluación general de su aportación a dichos debates, puede consultarse el balance hecho por Creswell (2015: 46-51) o la presentación del pensamiento de Malpas que aparece en el presente número (Puente, 2015).

Resum. *Pensar topogràficament: Lloc, espai i geografia*

El text parteix de la consideració d'una sèrie de problemes relacionats amb la manera com s'ha produït l'anomenat «gir espacial» en diferents disciplines socials, per tal de reivindicar una forma de pensament topogràfic que assumeixi el lloc com a centre de compressió del que és humà. Amb aquesta finalitat, s'hi presenten una sèrie de nocions bàsiques (com ara les de límit, determinació o crítica) que articulen el marc dins del qual els conceptes d'espai, lloc i temps es poden definir ontològicament i que ofereixen una manera de reflexionar sobre el lloc d'allò que és humà, que constitueix, alhora, una reflexió sobre el propi lloc del pensament.

Paraules clau: lloc; pensament topogràfic; gir espacial; ontologia.

Résumé. *Penser topographiquement: lieu, espace et géographie*

Cet article évoque certains problèmes liés au « tournant spatial » qui s'est produit dans le domaine des sciences sociales, afin de proposer une manière différente de penser (celle du « penser topographique ») la catégorie de « lieu » en tant que centre de compréhension de l'humain. L'article présente un nombre d'idées (celle de limite, de détermination ou de critique) aidant à développer un cadre de pensée dans lequel il est possible de concevoir ontologiquement les concepts de « lieu », d'« espace » et de « temps ». Il s'agit d'un projet qui consiste en même temps à penser la place de l'humain et à la place de la pensée elle-même.

Mots-clés: lieu; pensée topographique; tournant spatial; ontologie.

Abstract. *Thinking topographically: Place, space and geography*

This paper examines how a spatial turn in the social sciences has brought about a particular constructivist way of thinking about place, space, and other related geographical concepts. Against the flow, the paper aims at putting forward topographic thinking where place is put at the centre of the understanding of the human. It presents a number of ideas (such as boundedness, determination, and critique) that shape the framework in which the concepts of place, space, and time are defined ontologically, and which provide a manner to reflect on the place of the human and thought itself.

Keywords: place; philosophical topography; spatial turn; ontology.

Sumario

- | | |
|--|--------------------------------------|
| 1. Introducció: giro espacial y topogràfic | 4. Encontrar el lugar de lo humano |
| 2. Distinguir y relacionar espacio y lugar | 5. Conclusió: lugar, ética y crítica |
| 3. Deconstruyendo el constructivismo | Agradecimientos |
| | Referencias bibliográficas |

1. Introducción: giro espacial y topográfico

Resulta ya un lugar común hablar del hecho de que, en el pensamiento geográfico y, de manera más general, en la teoría social, ha tenido lugar, aproximadamente en los últimos treinta años, un *giro espacial*. En ocasiones, este giro hacia el «espacio» se ha asociado también con un giro hacia el «lugar», lo que podría denominarse algo así como un *giro topográfico*, aunque, a menudo, hoy en día, entre los geógrafos, la topografía ha pasado a considerarse como algo más específico que la mera tematización del lugar¹.

Mi trabajo mismo, a pesar de que tiene su origen en la filosofía, ha participado en estos desarrollos más amplios, particularmente, a través de un uso

1. De manera reciente, se ha desarrollado, en el ámbito de determinados círculos académicos en geografía, una forma de distinción entre topografía y topología, según la cual la topología queda típicamente asociada con modos de análisis que dan prioridad a los flujos y a las redes que se configuran sobre el espacio, siendo éste último visto como una superficie plana. Frente a ello, la topografía haría hincapié en la profundidad y en los contornos geográficos (véase, por ejemplo, Rose y Wylie, 2006). Esta distinción suele darse por sentada en el pensamiento geográfico contemporáneo, sin que se le preste mucha atención a las maneras en las que estos dos términos aparecen en otros ámbitos, o a la más larga historia que está unida a ellos. Así, aunque a menudo se alude a la idea de topología, usada en el sentido citado anteriormente, con el propósito de conectarla con las nociones de topología —tal y como se usan en matemáticas—, esta conexión es, en realidad, bastante endeble. Al mismo tiempo, la noción de topografía de la que se hace uso por contraste con la de topología, a menudo funciona ya desconectada del más antiguo sentido de topografía, en tanto que concepto geográfico que se retrotrae a Ptolomeo (cfr. Lukermann, 1961).

(*N. de la T.*) La referencia que hace el autor al uso de estos dos términos y a la forma en que han sido diferenciados recientemente en cierta geografía anglosajona ha de entenderse por referencia a los debates surgidos específicamente al hilo de la reconceptualización de la idea de escala (cfr. Marston, 2000; Marston et al., 2005). Centrales ahí han sido tanto la discusión en torno a las denominadas «*flat (non-scalar) ontologies*» (Collinge, 2006; Springer, 2014), como las recientes propuestas de un «giro topológico» (Allen, 2011a, 2001b; Paasi, 2011). Ambas han conllevado la reivindicación de un punto de vista topológico (elaborado, en la mayoría de los casos, a partir de las teorías actor-red), argumentándose, grosso modo, en su favor que, dada la importancia en el mundo globalizado de las cuestiones de proximidad, distancia y alcance, dicho enfoque topológico sería más eficaz que las perspectivas territoriales o topográficas tradicionales en la tarea de comprensión de las cambiantes geografías del poder en el mundo actual.

Elden (2011) ha criticado el carácter ahistórico de estos usos recientes de las nociones de geometría, topología y topografía, y, de hecho, ha señalado los trabajos de Malpas como una referencia indispensable para clarificar el sentido de estas nociones. Cabe indicar, no obstante, que el término *topología* ha sido desarrollado por Malpas fundamentalmente en relación con la terminología heideggeriana (particularmente con el concepto de *Topologie des Seyns*) para connotar un tipo de análisis que sitúa la categoría de lugar en el centro de la comprensión de lo humano y lo mundano. Fuera de este marco filosófico heideggeriano, Malpas se ha servido, de manera más genérica, del término *topografía* (incluyendo con ello el sentido filosófico de su idea de «topología del ser») para referirse a las cuestiones relativas al *topos* de lo humano y del pensamiento, y conculcando así también, implícitamente, algunas de las suposiciones sobre las que se predica contemporáneamente en geografía crítica dicha distinción terminológica. Cuando Malpas utiliza, a lo largo de este texto, expresiones como «términos espaciales y topográficos» u otras similares que son adjetivadas con el término *topográfico*, éste sirve para denotar de manera genérica rasgos vinculados al «lugar», es decir, lo que se refiere propiamente al *topos*.

propio de las ideas de topografía y topología (véase, sobre todo, Malpas, 1999a, 2006, 2012a), por tanto, puede entenderse como parte de este movimiento espacial y topográfico. De hecho, se podría aducir que la misma preocupación por lo espacial y lo topográfico, inevitablemente, empuja el pensamiento en la dirección de un ámbito más amplio e interdisciplinario. En este sentido, espacio y lugar (sobre todo éste último) parecen ser conceptos plenamente expansivos que, constantemente, nos llevan más allá de los límites de cualquier horizonte estrechamente disciplinario. Argumentaré, aquí, que esto ha sido así, desde luego, en el caso de mi propio trabajo, y que, por lo tanto, yo no lo adscribiría únicamente a una sola disciplina, sea ésta la filosofía o cualquier otra, para calificarlo.

A pesar del aparente incremento de nociones espaciales y topográficas en el pensamiento geográfico y social contemporáneos, parece, sin embargo, que su influencia y su impacto en la mayoría de los casos son una cuestión más de posicionamiento retórico que de sustancia conceptual. Tal y como se ha dado, el giro espacial y topográfico se ha presentado bajo la forma de un despliegue exponencial de términos e ideas espaciales y topográficas: una proliferación de figuras y tropos espaciales y topográficos que, a menudo, no ha ido respaldada por una genuina tentativa de cuestionar la naturaleza de dichos términos y conceptos o de ocuparse de su complejidad terminológica o de su estructura conceptual². Esta tendencia general hacia el aumento retórico, más que hacia el cuestionamiento conceptual, ha estado, en parte, motivada, especialmente en el caso de la geografía, por la propia vulnerabilidad de la disciplina a los cambios en las modas intelectuales y, sobre todo, en la moda de la así llamada «teoría» (una vulnerabilidad que parece haberse incrementado a lo largo de los años, en vez de haber disminuido). Rara vez se da el caso de que los fundamentos teóricos y conceptuales del pensamiento geográfico contemporáneo emerjan a partir de los propios esfuerzos de la geografía por reflexionar sobre los conceptos que dan forma y orientan su propio campo intelectual. En lugar de ello, la geografía, con frecuencia, hace uso de ideas que se han desarrollado en otra parte, de manera que tiende, cada vez más, a fundirse con otras disciplinas o modos de investigación³.

2. (*N. de la T.*) Nótese aquí que el punto de partida inicial de la crítica de Malpas hacia cómo se ha producido el giro espacial sin un cuestionamiento profundo de la naturaleza de tales conceptos, ni una teorización adecuada de los mismos, es similar al diagnóstico que los geógrafos marxistas y críticos hicieron ya muy a principios de la década de 1990 (este tema ha sido analizado en Puente, 2011). La línea de argumentación de Malpas, por lo demás, diverge a partir de este diagnóstico inicial común a los geógrafos, ya que el tipo de exigencias (sobre todo ontológicas y epistemológicas) que se le hace al pensamiento espacial, así como los propios derroteros por los que transcurren las propuestas de Malpas, son bien diferentes de las de los planteamientos de los geógrafos críticos. Son precisamente tales derroteros teóricos de la geografía anglosajona lo que constituye el blanco de las críticas de Malpas.
3. (*N. de la T.*) El argumento que subyace a esta afirmación de Malpas tiene una dimensión doble: por una parte, es una crítica a la posición de «dependencia» en que la geografía anglosajona se ha colocado voluntariamente respecto de otras formas de saber, importando

Una mayor interacción entre las disciplinas no es algo malo, por supuesto, y se podría argumentar, desde luego, que necesitamos un mayor, y no un menor, enriquecimiento mutuo entre disciplinas. No obstante, la productividad real tiende a emerger a partir de la diferencia, y la diferencia disciplinaria requiere que las disciplinas sean capaces, ellas mismas, de reflexionar y tomar parte en la articulación de los conceptos y de los tipos de pensamiento que les dan su forma y su carácter propios. Esto no sólo significa ganar una mayor claridad acerca de en qué manera conceptos tales como *espacio* y *lugar* podrían entenderse, sino también llegar a comprender mejor la forma en que tales conceptos pueden abordarse desde dentro de distintos marcos disciplinarios, y lo que tales diferencias llegan a significar. Resulta obvio que, en realidad, gran parte del pensamiento contemporáneo tiene poca o ninguna conciencia, bien de lo que realmente está en cuestión en las propias ideas del espacio y el lugar (su contenido), o bien de cómo estas ideas podrían desarrollarse en diferentes formaciones disciplinarias.

Estas cuestiones acerca del modo en que el pensamiento contemporáneo se ocupa del espacio y del lugar, así como el asunto de las diferencias en la forma en que el espacio y el lugar pueden ser tratados en cada disciplina, son, en sí mismos, temas que surgen en un marco de trabajo que es, de por sí, topográfico, dado su carácter. Preguntar por la diferencia significa preguntar por los límites a través de los cuales se constituye la diferencia y, por tanto, con ella, la identidad, y esto implica moverse en el ámbito mismo de lo topográfico, del lugar, del *topos*. Por esta razón, mi interés acerca del tipo de tratamiento que reciben el espacio y el lugar en la geografía contemporánea es un interés fundamentalmente topográfico de por sí y que, de manera más general, puede decirse que deriva directamente del foco topográfico de mi trabajo. Lo que defiende es que, si el giro topográfico en geografía se tomase realmente en serio, esto debería llevar a la propia geografía a adoptar una actitud igualmente reflexiva con respecto a su propio lugar, su propio *topos*, sus propios límites. Tal vez lo que voy a plantear aquí pueda tomarse como un reto a la geografía y a los geógrafos para que lleven a cabo ese giro reflexivo, lo que, en tal caso, constituiría también un reto para que los geógrafos vuelvan genuinamente, no sólo al espacio, sino también al lugar.

todo tipo de vocabularios y referentes teóricos contemporáneos (sobre todo, los más «de moda»), con la finalidad de ahorrar sus sucesivos proyectos epistemológicos de refundación de la disciplina.

Por otra parte, el argumento subyacente adquiere el sentido de una denuncia de haber perdido la geografía lo propio de su modo particular de mirar y de analizar la realidad, no sólo en relación con la propia historia epistemológica de la tradición geográfica, sino, sobre todo, en tanto que modo de análisis diferente al análisis histórico, filosófico o sociológico. A. Sayer (2000: 121-129) ha argumentado en una línea similar acerca de la interconexión y la necesaria diferenciación de la geografía, la historia y la teoría social en el estudio del espacio.

En ambos casos, las prácticas y las retóricas que se han acabado adoptando en cierta geografía han llevado a la disciplina por derroteros que imposibilitan un tipo de atención a los conceptos de espacio, lugar o tiempo como la que defiende Malpas.

Éste es el sentido general del proyecto y el telón de fondo sobre el que quiero exponer algunos de los elementos básicos de mi propio modo topográfico de pensar, con el fin de plantear, así, tanto algunos de los elementos básicos de lo que para mí son consideraciones esenciales en el pensamiento sobre el lugar, como algunas de las consecuencias que dicho pensamiento acarrea. Mi objetivo aquí es proporcionar un esbozo del enfoque que, en otros trabajos, he llamado «topografía filosófica», en sus aspectos metodológicos y sustantivos, así como exponer algunas de las consecuencias generales de este enfoque, al tiempo que abordo el problema de la oscuridad y de la confusión que parece haberse generado en torno al pensamiento espacial y topográfico contemporáneo más reciente.

2. Distinguir y relacionar espacio y lugar

Tal vez la primera cuestión que merece aquí atención sea la de la distinción entre espacio y lugar (o, más bien, el asunto de si existe tal distinción). Buena parte de la literatura contemporánea acerca del giro espacial o topográfico tiende, de por sí, a tratar lo espacial y lo topográfico como si fueran más o menos la misma cosa, como si un giro hacia el espacio pudiera ser también un giro hacia el lugar y viceversa; o como si uno de los dos pudiera estar, de alguna manera, incluido ya en el otro. De manera similar, en las discusiones sobre el espacio y el lugar, a menudo se da una apropiación acrítica de estos conceptos y, de hecho, se asimila el uno al otro, o, en el caso de que se los distinga, se hace de una manera tan débil que no alcanza a tener un peso conceptual significativo. Sólo de vez en cuando se encuentra uno en esta literatura una posición algo más elaborada y explícita acerca de la distinción entre espacio y lugar, o, a veces, una que rechaza esa distinción. Esto es característico del enfoque de Doreen Massey (véase, por ejemplo, Massey, 2005), aunque la base sobre la cual ella fundamenta ese rechazo parece derivar no tanto de alguna consideración acerca del contenido en sí mismo de esos conceptos, sino más bien del supuesto potencial que, para la reconfiguración imaginativa (entiéndase crítica), puede surgir de tal rechazo (Massey, 2005: 6-7)⁴.

4. (*N. de la T.*) De lo que se trata aquí, y lo que está en juego en la insistencia en la distinción de dichos conceptos, es la defensa del valor y la necesidad de realizar un tratamiento ontológico de los mismos, por derecho propio y no a modo meramente de una simple distinción analítica. Lo relevante para la discusión de esta postura de Malpas es que es precisamente este tipo de tratamiento conceptual lo que, una vez hecho explícito y debidamente elaborado (entendido el lugar en toda su profundidad como parte esencial de la estructura de la experiencia humana), permite comprender la *utilidad crítica misma* de tales conceptos y su relevancia política. La diferencia con la que ha sido la estrategia predominante en el pensamiento geográfico anglosajón radica en que el valor crítico de tal proyecto geográfico de re teorización de dichos conceptos emerge *solo* de la inicial inserción de dichas categorías en un marco político determinado (como se ve claramente en el caso de Massey o de tantos otros geógrafos críticos). Es la orientación que dicho marco político imprime al pensamiento del espacio y el lugar lo que consigue proporcionarle un contenido crítico a tales categorías: hacer del lugar, *cierto* lugar y, en vez de abordar el espacio como tal, analizar ciertas *espacialidades*, sin que esté claro el lugar ocupado por el elemento histórico o empírico (clave,

Resulta evidente que existe una distinción entre espacio y lugar, y que tal distinción es importante si tomamos en consideración las diferentes maneras en que se utilizan dichos términos en el inglés contemporáneo, así como la forma en que términos similares operan en otras lenguas⁵, pero también si acudimos a la historia de los conceptos a los que tales términos se refieren. Esto no significa, por supuesto, que la distinción entre espacio y lugar haya sido clara, o lo sea siempre. Espacio y lugar son nociones relacionadas, y a veces precisamente la cercanía de su relación significa que no hay una explicación clara acerca de su diferencia.

De este modo, el pensamiento griego parece haber considerado el lugar (*topos* o *chora*) como una noción más básica, de manera que sólo más tarde llegó a emerger un concepto sui géneris de espacio, en parte a través de una explicación de los elementos espaciales contenidos en el concepto de lugar, y en parte por medio de la influencia del concepto de vacío (*kenon*) como noción independiente y diferenciada de estas otras. Además, a medida que el concepto de espacio fue, de hecho, tomando un carácter cada vez más definido y claro en el Renacimiento y en el pensamiento moderno, el lugar tendía a convertirse paralelamente en una noción más desconocida e irrelevante, a la que, a menudo, se la trata simplemente como algo dependiente del espacio (véase Casey, 1996). Por lo tanto, se podría decir que el «ascenso» del espacio fue de la mano del «declive» del lugar. En efecto, una parte significativa del pensamiento contemporáneo trata al «lugar» bien como un revestimiento subjetivo de la realidad de la espacialidad materializada (el lugar sería el espacio *más* el valor humano o el «sentido» —véase, por ejemplo, Menin, 2003: 1), o bien, simplemente, como una posición arbitrariamente determinada dentro de un marco espacial.

en realidad, para la comprensión de dichas espacialidades) en tal teorización. El problema que quiere señalar Malpas es que, en este segundo caso, la teorización del lugar no sólo se hace dependiente completamente de los problemas argumentativos internos que presenta la noción de «lo político» que autores como Massey u otros han adoptado (he abordado este particular en Puente 2011 y 2015), sino que además, y sobre todo, esta postura invalida la posibilidad de cualquier tratamiento *sustantivo* de dichos conceptos geográficos. Es decir, la asunción de que cualquier redefinición de la idea de lugar ha de entenderse como un trabajo de formulación de *políticas del lugar* implica que el único trabajo conceptual posible queda reducido a ahorrar políticamente los *discursos* y los conceptos sobre lugar y espacio.

Como ha comentado Malpas (2012b: 228): «Se podría argumentar que lo que ofrece Massey [como representativo del tipo de posturas que Malpas critica] no es una teorización más adecuada del espacio, sino una *teorización de la retórica y la imaginación espacial*, en la medida en que ésta forma el núcleo de una política espacial [*spatial politics*].»

5. No obstante, no todas las lenguas presentan esta distinción de la misma manera que lo hace el inglés. El francés, por ejemplo, tiende a no separar lingüísticamente *espacio* y *lugar*, y una palabra tal como *lieu* (que es el que podría escogerse para la traducción más literal de *place*) carece de las connotaciones que sí tiene el término en inglés. En este sentido, como a veces se ha señalado, *Los lugares de la memoria*, de Pierre Nora (cfr. Nora y Kritzman, 1996-1998), trataría más acerca de los *sitios* (*sites*) de la memoria que de sus lugares. Por su parte, *espace* se usa con frecuencia en maneras tales que su sentido trasciende los de sendos *space* y *place*. Así, por ejemplo, *La poétique de l'Éspace*, de Bachelard (Bachelard, 1994), es claramente una poética del lugar en la misma medida que lo es del espacio (acerca de algunas de las dificultades asociadas con el lenguaje del espacio y el lugar en el caso del pensamiento geográfico francés, véase Berdoulay, 1989).

A pesar del hecho de que la distinción entre espacio y lugar ha sido con frecuencia ignorada o comprendida erróneamente, es importante insistir en que ésta es una distinción relevante que puede ser explicada con relativa facilidad. El espacio conlleva apertura, amplitud (*expansiveness*) o sitio (*room*). Es por esto por lo que existe una relación conceptual tan próxima entre espacio y vacío. El espacio tiende hacia lo homogéneo, lo regular y lo uniforme. Aunque, efectivamente, se pueda hablar con sentido de que el espacio «esté retorcido» o «estirado», ese retorcimiento depende de la idea de que hay una estructura subyacente al espacio que implica que éste se comporte de maneras uniformes. La homogeneidad y la uniformidad del espacio conllevan la asunción de que éste es también cuantificable y mensurable, y esto es evidente en la propia etimología del término: *espacio* procede del latín *spatium* y del griego *spadion* o *stadion*, términos que arrastran consigo un sentido de distancia o intervalo measurable. Ya que el espacio puede, efectivamente, comprenderse en términos de tal amplitud measurable y uniforme, no necesita albergar, por ello, ningún sentido de su propio límite: dado un espacio cualquiera, siempre puede imaginarse la posibilidad de su expansión; dado cualquier intervalo espacial, siempre puede imaginarse otro intervalo semejante, y, por tanto, una expansión o extensión de ese espacio sin ningún límite necesario.

En cambio, el lugar halla su definición en relación con la noción de límite (*bound*), limitación (*limit*)⁶ o superficie (que es, en sí misma, una limitación): *topos*, en griego, es un límite o una superficie que limita (*bounding*) (Hussey, 1983: 28, 212-6). Con el término griego *chora* (el segundo de los dos términos clave para «lugar» en esta lengua), el lugar también aparece con el sentido de un área (*ground*) o matriz (véase Cornford, 1937: 177-180), y esta acepción se mantiene en las ideas contemporáneas de lugar como centro de significado (*locus of meaning*), memoria e identidad. En este sentido, el lugar, en tanto que opuesto al espacio, tiene un contenido y un carácter propios (y, como tal, el lugar es esencialmente cualitativo), pero el contenido o carácter que le es propio es tal que abarca también aquello que está presente en él. Se podría decir que es precisamente esto lo que está en el cora-

6. (*N. de la T.*) El autor utiliza los términos *bound* y *limit* con una clara connotación conceptual, en referencia a las categorías alemanas *Grenze* y *Schranke*, cuya distinción es clara en la obra de Kant (la fijada en el § 57 de *Prolegómenos...*) y cuya reelaboración ha sido igualmente relevante en la filosofía postkantiana. Malpas trata de mantener esta distinción conceptual en inglés mediante el uso de los términos *bound* y *limit* (aunque a veces los traductores ingleses de Kant también han usado *boundary* para *Grenze*). De manera genérica, las diversas acepciones de la palabra castellana *límite* (límite físico o imaginario, fin, extremo, restricción, etc.) recogen los significados de los dos términos alemanes, así como los de las tres palabras inglesas que Malpas utiliza en el texto (*bound*, *boundary* y *limit*). *Bound* y *boundary* articularían su campo semántico en torno a palabras castellanas como *borde*, *línea fronteriza*, *límite* (donde algo acaba o empieza), y *limit*, en torno a la idea de barrera o restricción. De manera más frecuente, en las traducciones castellanas de la obra de Kant, suelen usarse las palabras *límite* (*Grenze*) y *limitación* (*Schranke*) para fijar esos sentidos. A lo largo del texto, hemos utilizado la palabra *límite* para los tres términos ingleses, salvo cuando aparecen citados por contraposición o usados con connotación conceptual, que nos hemos valido de la contraposición entre *límite* y *delimitación* (para *bound* y *boundary*) y la acepción de limitación (para *limit*).

zón de la idea habitual de «sentido del lugar», lo cual significa, además, que hay una heterogeneidad fundamental inherente al lugar, el cual contiene la diferencia dentro de él, a la vez que está diferenciado de los demás (véase Malpas, 2012b).

La diferenciación que es propia del lugar implica también la relacionalidad, y una de sus características precisamente es que es esencialmente relacional, aunque dicha relacionalidad sea justamente lo que hace que surjan los lugares en tanto que entidades distintas. Ningún lugar existe salvo en relación con otros y cada uno contiene otros que están conectados con él. De este modo, el carácter distintivo de los lugares es algo que emerge a través de la interacción entre ellos, y no de su absoluta separación (lo cual es imposible).

A menudo, he utilizado el ejemplo de la antigua forma de levantamiento topográfico para ilustrar el asunto que estoy exponiendo aquí —y el ejemplo es, en parte, lo que fundamenta mi propio uso del término *topografía* (véase Malpas, 1999a: 40-41)—. Antes del uso de la fotografía aérea, y sobre todo antes de la llegada de Google Earth, el levantamiento cartográfico de una región (que supone, en esencia, cartografiar una porción de la *superficie* de la Tierra, es decir, algo delimitado) era llevado a cabo a través de la interacción corporal del topógrafo con el paisaje (con la superficie que tenía que cartografiar) y por medio de triangulaciones reiteradas y recorridos entre puntos de referencia en ese paisaje. Aparte de que cartografiar una región se haga de esta manera, de lo que se trata aquí es de la posibilidad de entender que la propia región consiste en esta misma estructura relacional. Los lugares dentro de una región son los que son precisamente debido a su localización en dicha región, y, por tanto, lo son en relación con esos otros lugares que forman parte de ella⁷.

7. (*N. de la T.*) Este sentido básico de la relacionalidad es compartido también con la mayoría de los geógrafos que Malpas critica. Las diferencias comienzan en otro nivel. En su texto «Putting space in place» (Malpas, 2012b), el autor ha expuesto con más detalle su idea de «relacionalidad» (en la que son centrales las ideas de *boundedness* y *extendedness*) y la manera en que ésta se distingue de la concepción relacional del espacio que han defendido autores con Massey y otros muchos geógrafos asociados con el «giro topológico» o con el giro espacial en las ciencias sociales, donde la relacionalidad del espacio se da como una suerte de «remolino de flujos, redes y trayectorias, un orden caótico que localiza y disloca, y como un efecto de procesos sociales que son en sí mismos espacialmente dispersos» (Malpas, 2012b: 228). Grosso modo, esta diferencia podría sintetizarse diciendo que Malpas considera que la forma predominante de entender la relacionalidad del espacio pone tal énfasis en el dinamismo, el polimorfismo y la indistinción (como consecuencia de su utilización precisamente para socavar «viejas» distinciones y dicotomías en las que supuestamente habría estado anclado el pensamiento espacial), que se distorsionan las mismas propiedades relacionales del espacio, de modo que éstas quedan relegadas completamente, en lo que no es sino una defensa de ciertas formas de relacionalidad del espacio, o sea, de cierta espacialidad en el fondo. Malpas sugiere que esa forma de entender la relacionalidad se sustenta en una concepción «diagramática» de la relación, en tanto meras líneas cruzándose en una superficie. Esto, además, reduce la comprensión del lugar a un mero momento o punto de encuentro («intersección lineal» o «convergencia relacional», en términos de Malpas refiriéndose a Amin o Massey), cuyas propiedades le vienen dadas sólo en virtud del entrecruce de dichos flujos. El rechazo a la idea de «límite» o «delimitación» que suele darse en este tipo de pensamiento espacial, siendo, sin embargo, nociones centrales para una comprensión sobre el lugar como la que Malpas propone, es clave en la distinción en las ideas de relacionalidad a las que aquí hemos hecho mención.

Tanto la cualidad relacional como la superficial de la región (en sí misma, un lugar) son indicativos del carácter de la región (de dicho lugar, y de «el» lugar de manera más general), en tanto que determinada en su relacionalidad interna (y externa, si uno mira desde un horizonte más amplio) y, por ello, también en su superficie. Esta estructura de las relaciones se da en la superficie, y la superficie se define como una estructura de relaciones. En consecuencia, cartografiar una región no es algo que dependa del descubrimiento de aquello que subyace a esa superficie (aunque tampoco excluye traer a la superficie aquello que, de ordinario, yace bajo ella). En este sentido, la topografía no sólo tiene carácter relacional y superficial, sino que, además, es por ello antifundacionalista (en el sentido de que no busca una base más profunda para lo que se da de manera relacional y superficial) y antirreduccionista (*topos*, el lugar, es superficie, en la medida en que es también relación localizada). Además, aunque la topografía busca comprender la unidad de un lugar por medio de la conexión relacional de sus elementos, la pluralidad también es un elemento central (al igual que lo es la *diferenciación* y, por tanto, el *límite*, sin los que la *relación* no puede comprenderse), pues es por medio de la pluralidad como la unidad del lugar está propiamente constituida. Así, para la topografía, la unidad y la pluralidad mantienen una relación esencial entre sí, una relación que no es prescindible y en la que ni la pluralidad ni la unidad pueden ser sustituidas la una por la otra⁸.

Todavía se puede extraer una conclusión más del ejemplo del levantamiento topográfico: éste puede empezar en cualquier parte de la región que se quiere cartografiar. No hay un punto privilegiado para empezar y, sin embargo, dicho levantamiento depende, a la vez, de que se reconozca una determinada constitución previa de una región como aquella en la que se emprende la tarea del levantamiento. La relacionalidad de la región (lo que podríamos llamar «la regionalidad de la región») ya debe darse con anterioridad al acto del levantamiento⁹. Esto es, una región tiene que comprenderse como un conjunto de lugares que están ya, de alguna forma, relacionados entre sí de tal manera que, de hecho, constituyen una región. La región puede empezar a cartografiarse sólo sobre esta base, pues únicamente sobre ella surge una estructura perceptible de relaciones. La relacionalidad depende en sí misma de la regionalidad

8. (*N. de la T.*) Sobre la cuestión de la unidad y la complejidad del lugar, es esencial ver el trabajo de Malpas *Place and experience: A Philosophical Topography* (1999a). En el artículo que sigue a esta traducción en este mismo número («Sobre ciertos lugares comunes del pensamiento geográfico contemporáneo»), sintetizo precisamente algunas de estas ideas centrales en la reflexión de Malpas sobre el lugar.
9. (*N. de la T.*) Aunque Malpas usa las ideas de «región» y «regionalidad» en un sentido muy genérico, en realidad, no es desatinado apuntar ciertos vínculos con el sentido específico de dicho concepto en la tradición geográfica clásica, por cuanto al cabo lo que Malpas sugiere es que la regionalidad expresa la identidad específica de cierta forma de darse las relaciones entre los lugares que componen una región, y que es precisamente esa relación específica lo que constituye la región. En palabras de Malpas: «Hacer que algo aparezca como una región supone que las relaciones específicas que conectan los lugares dentro de la región se han vuelto predominantes» (Malpas, 2014, correspondencia personal).

(en la localidad, o lugar) y no puede haber una ramificación infinita de relaciones. Además, la regionalidad de la que se está tratando aquí no se asume como algún tipo de construcción «arbitraria», sino que surge más bien de una interacción previa en el paisaje, la cual está, en sí misma, parcialmente determinada por el propio paisaje. La dependencia de la relacionalidad respecto de la regionalidad va en contra de la suposición común de que la relacionalidad es esencialmente espacial. Las relaciones son espaciales, y el espacio trae consigo una forma básica de relacionalidad (aunque no pueda reducirse a ella), pero la del espacio hay que entenderla en sí misma sólo sobre la base de la regionalidad de las relaciones¹⁰.

Espacio y lugar están relacionados no sólo por las conexiones históricas y lingüísticas que rigen entre los términos y las ideas espaciales y topográficas, sino también porque la noción de lugar conlleva en sí misma las concepciones de apertura, amplitud o sitio¹¹, que son centrales para el concepto de espacio. El lugar es una suerte de espacio abierto, pero un espacio abierto delimitado y, por lo tanto, el espacio que se abre en el lugar presenta una cualidad «sentida» muy distinta al modo de extensión liso, abstracto que presenta cuando se lo considera de manera independiente al lugar (por ejemplo: en la geometría o en la teoría física). El espacio delimitado del lugar está también indisolublemente ligado al tiempo, dado que la apertura espacial de aquél, que surge a través de su finitud, de su cualidad de poseer límite (*boundedness*) es esencialmente dinámica. En efecto, la noción de límite es, en sí misma, dinámica (como se evidencia por su relación con las nociones de umbral y de horizonte) y, por tanto, esa cualidad que tiene el lugar de poseer un límite no implica una suerte de separación estática de regiones que, por cualquier otro motivo, son idénticas. Esa cualidad quizás se vea de manera más clara si nos fijamos en los aspectos, tanto internos como externos, de la estructura característica del lugar. Esto es, en la propia estructura del lugar, se da una ordenación y una orientación que indican que el lugar se define en su relación esencial con formas de movimiento y actividad, que precisamente impiden que sus límites sean estancos.

Como consecuencia, hay que considerar una serie de rasgos centrales en este breve análisis. Primero, el lugar es límite y base (*bound and ground*); segundo, es abierto y dinámico; tercero, es relacional y superficial. Estas características suyas son las que proporcionan la base de la idea de una topografía filosófica. No obstante, dicha topografía no consiste únicamente en un conjunto de afirmaciones acerca de lugar, o del espacio, consideradas éstas de manera aislada, sino que implica la idea clave en esta propuesta filosófica de que el lugar es central para la comprensión del ser humano y para la comprensión, de hecho, de la existencia y del ser como tales. En este sentido, el lugar proporciona el

10. (*N. de la T.*) Y, por tanto, como algo que necesariamente tiene que ver con el lugar y con los aspectos de límite y limitación que éste implica. La importancia de esta cuestión para entender la diferencia con otros modos de ver la relacionalidad hace de la relación entre espacio y lugar algo esencial en este asunto.

11. (*N. de la T.*) *Room* en el original, en el sentido castellano de ‘hacer sitio’.

marco dentro del cual comprendemos cualquier forma de aparición. Tal afirmación contiene una referencia obvia a la obra de Martin Heidegger, quien caracteriza explícitamente la forma que toma su propio pensamiento como una «topología del ser» (véase Heidegger, 2004: 41), y esta denominación resuena en mi propia expresión de «topografía filosófica». No obstante, la procedencia de este modo de pensar no es exclusivamente heideggeriana. En términos de la filosofía reciente, incluiría el uso que Donald Davidson hace de la topografía en su idea de «triangulación» (Davidson, 2001; véase también Malpas, 2011) y podría retrotraerse aún, en la historia de la filosofía, a Kant, por la relación esencial que tiene con su proyecto crítico y trascendental, entendido, en sus propias palabras, como una «geografía de la razón» (Kant, 1998, A767/B 795; véase también Malpas y Thiel, 2011).

3. Deconstruyendo el constructivismo

El tipo de análisis de la estructura conceptual del espacio y del lugar que he presentado brevemente en los apartados anteriores no es el más corriente en el pensamiento geográfico y social contemporáneo, ni siquiera en aquel tipo de pensamiento que, supuestamente, ha llevado a cabo ya su giro espacial o topográfico. De hecho, si por algo se ha caracterizado este incremento en las referencias al espacio y al lugar en la teoría contemporánea ha sido, precisamente, por su falta de atención a un tipo de consideraciones como las aquí comentadas. Ya sea la explicación de Deleuze y Guattari sobre el nomadismo y el espacio liso y estriado (Deleuze y Guattari, 1987), el «espacio de los flujos» de Castells (1989) o de las «esferas» de Sloterdijk (2011) —y todas esas nociones han tenido o están teniendo algún tipo de influencia en el pensamiento geográfico—, de lo que se trata en estos casos es de ideas que están adheridas a lo espacial y a lo topográfico, y que son expresadas a través de ello, pero que, sin embargo, no expresan una atención real a lo espacial ni a lo topográfico en tanto que tales.

¿En virtud de qué —podríamos preguntar— son lo liso y lo estriado modos de espacio o, mejor, de espacialidad? ¿Exactamente, cuál es la espacialidad asociada al «espacio de los flujos» y en qué sentido es verdaderamente distinta de otros modos de espacialidad? ¿De qué manera las «esferas» de Sloterdijk, en las distintas formas que presentan, nos remiten realmente a espacios o a espacialidades diferentes? ¿En qué medida están pensadas para referirse a rasgos reales estructurales de las entidades y los acontecimientos a los que Sloterdijk las asocia? De hecho, en todos estos casos, y en otros muchos más (se podría pensar también, por ejemplo, en Lefebvre, 1991), lo que está en cuestión no es el desarrollo de formas de análisis basadas en lo espacial y lo topográfico, sino más bien el uso de lo espacial y lo topográfico como vehículos para la articulación de lo que, esencialmente, se trata de un conjunto de preocupaciones sociales y políticas. Ciertamente, en este tipo de usos, el lugar y el espacio se convierten en meras funciones de lo social y lo político y *nada más*.

En ninguna parte se hace esto tan patente como en la suposición generalizada, y normalmente incuestionada, de que tanto el espacio como el lugar

son fenómenos socialmente contruidos (una presuposición que también sirve para justificar la propia desatención al espacio y al lugar como conceptos que merecen atención por sí mismos). Como postura general en el pensamiento geográfico y social, el constructivismo social se basa en observaciones sobre la enorme variabilidad de algunos fenómenos (la mayoría de las veces, fenómenos que, tradicionalmente, han sido vistos como «naturales» y, por tanto, invariables), tomados junto con la aparente correlación existente entre dicha variabilidad y la variación en la circunstancia social y política. En este sentido, pese a que podría entenderse que el constructivismo se basa en un impulso explicativo que busca desvelar las causas de la variación de los fenómenos, las posiciones constructivistas han intentado también ir de la mano de distintas formas de «antiuniversalismo», «nominalismo» o, incluso, «antirrealismo», posiciones que implican la negación de que haya algo que pueda decirse acerca de un fenómeno más allá de las particularidades de sus formaciones sociales o discursivas, o de los factores específicos que determinan dichas formaciones. Aunque tienda a asumirse que esto significa que el constructivismo se opone a las posturas subjetivistas o idealistas, en realidad, las formas contemporáneas de constructivismo presentan, ellas mismas, un carácter fuertemente subjetivista o idealista (y, en este sentido, el constructivismo puede aparecer mezclado con otras perspectivas, incluso la fenomenología y varias formas de la llamada «teoría no representacional» ejemplificada en Thrift, 2008).

No obstante, aunque lo que parece respaldar las perspectivas constructivistas son consideraciones acerca de la explicación de la variación en los fenómenos (en relación con el espacio o con cualquier otra cosa), cuando se las somete a un análisis más detallado, dichas consideraciones se muestran relativamente débiles. La identificación de la base causal de la variación en algunos fenómenos, por ejemplo, no implica necesariamente nada acerca del carácter «construido» del fenómeno en cuestión. El hecho de que un fenómeno sea causado por un conjunto de factores medioambientales, por ejemplo, no conlleva que pueda ser tratado como simplemente «construido» medioambientalmente (que algo *sea causado por* alguna cosa no es lo mismo que *sea construido por* dicha cosa). De igual modo, podría ponerse el ejemplo de que, aunque un arcoíris es el resultado de la refracción de la luz a través de partículas de agua cargadas de aire, no por ello es un «constructo refractivo».

Además, el simple hecho de la variabilidad en algún fenómeno no implica que no pueda decirse nada acerca de ese fenómeno más allá de sus ejemplificaciones individuales (es decir, de los casos particulares en que se materializa), ni tampoco conlleva que dicho fenómeno derive completamente de otros factores que lo determinen; por ejemplo: el que las prácticas que rodean a la muerte y al hecho de morirse varíen considerablemente de una sociedad a otra, no significa que dichas prácticas no puedan ser conceptualizadas de una forma más general tal que, aunque se pueda recurrir a casos específicos, se vaya más allá, no obstante, de cualquiera de estos casos particulares. De este modo, podemos hablar de la experiencia humana de la muerte y de morir, así como de las prácticas que la rodean, incluso aún reconociendo la variabilidad de dichas prácticas. De

hecho, la capacidad de ir más allá de cualquier caso particular es precisamente lo que está implicado en el hecho de tener un concepto que se puede aplicar a dicho fenómeno (véase Malpas, 2014, donde se tratan algunos de estos mismos problemas desde la perspectiva contemporánea de los derechos humanos).

Lo que se esconde en el centro del constructivismo social es un truismo obvio e inocuo: todo fenómeno, en la medida en que entra dentro de un ámbito social o discursivo, debe estar social o discursivamente «formado». Esto no es muy diferente, sin embargo, de la afirmación de que, por ejemplo, para que algo se diga, tiene que decirse por medio del lenguaje, sin que tal aseveración justifique ninguna conclusión interesante a efectos de que lo que decimos sea, como consecuencia, «lingüísticamente construido»¹². Ciertamente, podría aducirse que el constructivismo asume la verdad simple y obvia de que los fenómenos varían entre sus casos particulares (aún cuando el fenómeno en cuestión sea el «mismo») y la eleva a algo así como un principio ideológico fundamental¹³. Al hacer esto, sin embargo, no sólo se exagera y se sobredimensiona la verdad de la que se parte, sino que, además, se pasa por alto completamente el hecho de que la variabilidad de los fenómenos en sus distintas concreciones está, no obstante, constreñida por el propio carácter (su naturaleza más general) de esos mismos fenómenos (de hecho, es tal restricción lo que justifica la idea de que esos casos son, en el fondo, «el mismo» fenómeno). En una postura constructivista, se considera, además, que la variabilidad de los fenómenos demuestra el carácter derivado del fenómeno en cuestión, ya que se trata de meros productos o «constructos» de las estructuras y de los procesos sociales y políticos (en este sentido, el constructivismo social se opone a la topografía simplemente en virtud de la adhesión del construccionismo a cierta forma de reduccionismo). A pesar de ello, las nociones de lo social y lo político

12. No obstante, hay una versión del constructivismo, a saber, la de John Searle, en la cual se podría hablar de construcción en un sentido similar a éste indicado (véase Searle, 1995, 2010). La versión de Searle acerca del constructivismo es algo diferente, sin embargo, de aquélla que se suele ver más clara y frecuentemente en la literatura de las ciencias sociales: primero, porque se trata esencialmente de una defensa de una forma de naturalismo filosófico que depende de una distinción rotunda entre los distintos niveles de la descripción; segundo, porque se trata de una extensión de la propia teoría del lenguaje de Searle sobre los actos de habla al ámbito de la actividad humana en general (para Searle, que algo sea construido tiene que depender de normas y convenciones colectivamente acordadas). Desde mi propio punto de vista, uno de los problemas de la posición de Searle es tanto la manera en que trata los diferentes niveles de descripción que están en cuestión aquí, como su presuposición de la idea de que la vida social puede estar efectivamente fundada en reglas y convenciones.
13. (*N. de la T.*) Cabría aclarar que la clave de la referencia hecha aquí a la transformación de dicho axioma en algo de naturaleza «ideológica» remite al argumento antes presentado por el autor de que el constructivismo se apoya en la estrategia de presentar vinculados la variabilidad de los fenómenos y la correlación entre dicha variación y las condiciones sociopolíticas. La importancia otorgada, en el marco de las posturas constructivistas, a la modificación del conjunto de discursos, conceptos o imaginarios que conforman dichas condiciones sociopolíticas es lo que hace que esta forma argumentativa se cargue de valor crítico, pues un cambio discursivo en las condiciones sociopolíticas es asumido como causativo (y aquí recae la fuerza de estas posturas y su indudable filiación idealista) de un cambio en la forma del fenómeno en cuestión.

que son invocadas dentro del marco de estas posturas a menudo siguen siendo demasiado generales, están relativamente poco teorizadas y su apelación está pobremente justificada. La aplicación generalizada del constructivismo (que va desde el espacio y el lugar hasta un amplio abanico de conceptos) tiende, además, a socavar su propia utilidad explicativa. Si, prácticamente, *cualquier* fenómeno está socialmente construido, entonces significa más bien poco afirmar de *algún* fenómeno particular que está socialmente construido.

Lo que quizás, sin embargo, sea más importante acerca del constructivismo social, al menos en lo que a esta discusión concierne, es la manera en que permite que el discurso de las ciencias sociales opere autónomamente sin ninguna necesidad de abordar explícitamente cuestiones subyacentes de ontología. Después de todo, dichas cuestiones han sido zanjadas ya mediante la afirmación del carácter socialmente construido de los fenómenos que se investiga. De este modo, simplemente, no hay cuestiones acerca del espacio ni del lugar que abordar, como no sean las relativas a su carácter socialmente construido, y, por tanto, no hay más que aquéllas que se refieren a los factores sociales o políticos a través de los cuales se construyen el espacio y el lugar. De esta manera, el discurso geográfico y social queda liberado para centrar toda su atención en las formas en que tiene lugar la construcción social (algo que puede tratarse de manera puramente empírica), así como en la posibilidad de las *diferentes formas* bajo las que pudiera darse tal construcción, con lo cual también se tiene presente la posibilidad de que surja una forma explícitamente «progresista» de discurso político (así, el constructivismo social parece ser la base del progresismo político). Al mismo tiempo, esta «liberación» del discurso es, precisamente, lo que posibilita, asimismo, el tipo de proliferación retórica y metafórica que es tan característica del pensamiento geográfico y social contemporáneo. Incluso cuando no se da una adhesión clara o no se evoca de manera explícita, el constructivismo funciona como parte de un ambiente intelectual más general, de manera que legitima ese tipo de discurso en que se multiplican las referencias a lo espacial¹⁴.

14. (*N. de la T.*) La fuerza del argumento de Malpas emerge aquí como denuncia, precisamente, de una situación paradójica en la que se ve sumido el pensamiento geográfico o espacializado (disciplinas sociales o políticas que ya han pasado por su giro espacial). Se trata de que, por un lado, lo que se viene pretendiendo y se ha reivindicado en muchas de las intervenciones críticas de las décadas pasadas ha sido, precisamente, la necesidad de hacer teoría (o realizar aportaciones teóricas) sobre el espacio, siendo que el esquema argumentativo constructivista ha proporcionado el armazón para dicha tarea. Sin embargo, por otro lado, como Malpas viene insistiendo a lo largo de todo el artículo, si uno realmente analizara con seriedad la mecánica y los resultados de estos procedimientos constructivistas, se daría cuenta de que, bajo la apariencia teórica o teorizante de las retóricas espaciales a las que ha dado pie el constructivismo, en realidad, no hay ningún pensamiento como tal sobre el espacio, pues dichas posturas no permiten realmente más que desarrollar un análisis empírico de los distintos casos tratados.

En el ámbito de la geografía, esta idea ha sido también expresada por A. Sayer, quien ha insistido (por ejemplo, en Sayer 1997, 2000) en que toda la teoría que puede hacerse desde esta postura constructivista respecto del espacio es la de insistir, de manera redundante y algo hueramente, en la simple afirmación de que existe un vínculo entre lo espacial y lo social. A partir de ahí, se requieren formas de análisis histórico y geográfico de los casos

Si el espacio y el lugar no son más que fenómenos socialmente contruidos, entonces, una de las consecuencias que, aparentemente, se seguiría de esto es que el espacio y el lugar no pueden, en sí mismos, desempeñar ningún papel fundamental en la formación de la vida humana y social. Ésta última podría presentar fácilmente una forma espacial y topográfica, pero esto sería una consecuencia del carácter construido del espacio y del lugar. En sentido estricto, desde esta perspectiva constructivista, la existencia humana no está vinculada al espacio ni al lugar de una manera especial, aun cuando la existencia humana pueda estar espacial y topográficamente articulada. Esto sucede así porque el espacio y el lugar no tienen un carácter *sui generis* en dichas perspectivas constructivistas, sino que son sólo modos de articulación social y política. A menudo, este punto queda oculto por la propia forma en que espacio y lugar aparecen en el pensamiento geográfico y social contemporáneos, ya que muchos escritores hacen un uso de imágenes y de tropos espaciales y geográficos de manera tal que otorgan una prioridad aparente al espacio y al lugar, cuando, en realidad, su compromiso subyacente es con una visión del espacio y del lugar entendidos como algo esencialmente derivado de lo social y lo político. No es infrecuente encontrar geógrafos e investigadores sociales que insistan en la afirmación de que la vida y la existencia humanas, tanto individual como colectiva, se articulan siempre espacial y topográficamente, pero en cuyos discursos, sin embargo, el espacio y el lugar funcionan como aquello en y a través de lo cual las fuerzas sociales y políticas quedan codificadas y no es sino el medio por el que éstas operan. La identidad humana, por ejemplo, puede concretarse espacial y topográficamente, pero no estar conformada *por* el espacio y el lugar. En vez de esto, el espacio y el lugar son asumidos desde estas posturas meramente como ámbitos en los que la propia construcción de la identidad opera, y opera, por tanto, para construir la articulación espacial y topográfica de la identidad.

Este tipo de concepción constructivista de la relación humana con el espacio y el lugar presenta el mismo conjunto de problemas que las posiciones constructivistas más generales. Pero, además, la postura constructivista respecto del espacio y el lugar, en particular, se confronta con, al menos, una complicación adicional. Por un lado, el constructivismo social parece, efectivamente, sugerir que el espacio y el lugar son, en sí mismos, significativos sólo en tanto que contruidos¹⁵;

particulares en que se concreta dicha relación. Que tales aportaciones puedan ser calificadas de «teóricas», o que haya en ello algo que pueda calificarse cabalmente de «pensamiento», es lo que la argumentación de Malpas, o la de Sayer, vienen a poner en cuestión, pues es dudoso que pueda hacerse «teoría del espacio» en esos términos.

15. (*N. de la T.*) O más bien cabría añadir, para aclarar esta afirmación, que lo significativo (significativamente crítico) estribaría en el desvelamiento y en la explicación de ese carácter construido de la forma espacial de ciertos procesos o fenómenos, y que sería en dicha operación donde vendría a radicar la potencia crítica de semejante operación cognoscitiva. El valor que una perspectiva centrada en lo espacial pueda tener depende, asimismo, de lo que de políticamente relevante tiene el poner en evidencia que la forma espacial oculta determinados procesos (económicos, culturales, etc.), cuya secular naturalización ha tenido efectos política y socialmente perversos.

por otro lado, no obstante, la propia idea de construcción social, tal y como funciona en y a través de lo espacial y lo topográfico, conlleva que lo espacial y lo topográfico no se agotan en su carácter socialmente construido. Como poco, la construcción social depende de las estructuras espaciales y topográficas en no menor medida que de cualquier otro proceso o relación causal o condicional. El espacio y el lugar pueden estar sujetos a construcción social (lo cual únicamente significa que reflejarán las fuerzas sociales y políticas que operan en y a través de ellos); sin embargo, en un nivel más fundamental, la construcción social estará, en sí misma, sujeta a lo espacial y a lo topográfico. En consecuencia, debe de asumirse, efectivamente, un sentido en el que espacio y lugar sustenten la posibilidad misma de la propia construcción¹⁶. No obstante, esto es justo lo que no suele reconocerse y, precisamente, no se reconoce debido a la tendencia a ignorar las cuestiones acerca de la naturaleza del espacio y el lugar, con independencia de su carácter socialmente construido o incluso «imaginado», y tratarlas, por tanto, al margen de ello.

4. Encontrar el lugar de lo humano

La naturaleza del espacio y del lugar, su distinción y su relación, ha sido justamente lo que ha centrado mi discusión en la sección segunda de este artículo, y ésta es la base de la idea de una topografía filosófica. En este sentido, uno de los puntos clave del contraste entre mi propia perspectiva topográfica y las constructivistas u otras formas de explicación relacionadas con éstas, que son tan comunes en la geografía contemporánea, es que el pensamiento topográfico asume que el espacio y el lugar son, efectivamente, conceptos sui géneris que no pueden reducirse meramente a constructos sociales. Desde este enfoque, no son las fuerzas sociales las que determinan el espacio o el lugar, sino que, al contrario, el lugar es la matriz en la y de la que lo social propiamente se configura, a la vez que el espacio (y, con él, el tiempo) le proporciona su medio y su forma. Asimismo, como ya he indicado antes, ésta no es una perspectiva que se limite simplemente a sostener tan sólo una serie de afirmaciones acerca del espacio y del lugar. La idea de una topografía filosófica, que abarca tanto una metodología como una ontología, se prolonga en una tesis acerca de la vida y de la existencia humanas, acerca de la vida social y política, así como de la personal y de la experiencia.

El argumento que conforma la base de esta topografía se deriva, en parte, de una reflexión sobre los conceptos de los que estamos hablando aquí, pero también de tomar en consideración una serie de reflexiones, empíricas y teóricas, extraídas de la epistemología, la semántica, la psicología, la antropología y otros campos. Aunque he tratado de caracterizar e individualizar esta perspec-

16. (*N. de la T.*) En ambos casos, las posturas constructivistas conciben que esta relación se da de una manera contingente, aunque el argumento —y éste es el punto de crítica de Malpas— necesita asumir, de alguna manera, algún grado de necesidad en la relación entre ambos procesos (la construcción social en general y su concreción espacial).

tiva refiriéndome a ella como «topográfica», otros pensadores, principalmente Edward Casey, también han argumentado de una forma similar (en el caso de Casey, ha sido desde una perspectiva explícitamente fenomenológica; véase Casey, 2009). Al contrario que las posturas constructivistas, este modo «topográfico» de pensar se basa en un conjunto independiente de razones probatorias y argumentativas acerca de la naturaleza del yo y su interacción con el mundo, como también de la naturaleza de la estructura interdependiente que engloba subjetividad, intersubjetividad y objetividad. Resulta de especial importancia para esta discusión el hecho de que tal perspectiva conduce directamente a la conclusión de que la existencia humana —incluyendo, en su comprensión, lo social, lo político y lo personal— está, en sí misma, fundada *en el lugar*.

Se podría aducir que centrarse en lo humano es ya, de por sí, algo problemático. ¿Acaso no es lo humano una de esas categorías de las que ya hemos ido más allá en el siglo XXI? ¿Puede el pensamiento contemporáneo no ser otra cosa que *post-* o *trans-*humano, y no debería dedicarse a aquello que es distinto o más que humano? Resulta significativo que todo este tipo de discurso se desarrolle sólo con referencia a un contexto específicamente humano —es un discurso que postula ir «más allá» y, sin embargo, parece permanecer firmemente anclado «dentro» de dicho ámbito—. Efectivamente, se podría argumentar que lo humano para nada nombra algo de lo que se pueda ir más allá, sino que nos remite más bien a un modo particular de ser con capacidad para una concreción múltiple, y que, por tanto, potencialmente trasciende categorías tales como lo biológico, lo artificial o lo cibernético, más que encajar en ellas.

En este sentido, resulta relevante mencionar que la propia crítica de Heidegger al «humanismo» (tan a menudo tomada por las formas contemporáneas de pensamiento posthumanistas como una fuente fundamental de inspiración) no conlleva ningún tipo de rechazo a lo humano ni una falta de preocupación por ello. Más bien surge de la propia exigencia de Heidegger de una forma más esencial de pensar lo humano, de un modo de cuestionamiento de lo humano más básico que el que ha sido característico de la tradición (véase Heidegger, 1993). Es este modo más básico lo que justamente se hace posible con el propio pensamiento topológico de Heidegger, de la misma manera que lo hace la idea de una topografía filosófica o, al menos, eso es lo que definiendo, y para lo que ésta está diseñada. Lo que este modo de pensamiento rechaza es que pueda realmente comprender lo humano de manera adecuada, si uno se centra exclusivamente en una única entidad que pudiera ser definida biológicamente o en términos de una constitución material particular.

A pesar de que una topología o una topografía de este estilo implica una vuelta a la pregunta por lo humano, no lo hace de modo que sea necesario acudir a alguna concepción fundamental (en el sentido de *fundacional*) de lo humano, ni a una explicación *sustantiva* de lo humano. Al contrario, lo que constituye el punto de partida para esta perspectiva topográfica es el lugar mismo o la cualidad de lo emplazado (*placedness*). Además, dado que el lugar carece en sí mismo de carácter sustantivo (y ésta es una de las razones de su relativa desatención

teórica), la manera en que éste funciona en dicha perspectiva como punto de partida (incluso como base) es completamente diferente de la forma en que cualquier otro concepto realizaría dicha función. La naturaleza relacional y superficial del lugar supone que éste, e incluso los lugares específicos, siempre conserva un carácter abierto, indeterminado y dinámico. El lugar es, en síntesis, la apertura dinámica que ocurre dentro de unos límites determinados. Como tal, no funciona a modo de un principio determinado por sí mismo, sino más bien haciendo posible la determinación de lo que aparece dentro y en relación con él, incluida la determinación de lo humano. De este modo, tanto si atendemos a lo humano que se da en la colectividad de lo social, como en la individualidad de lo personal, lo humano únicamente aparece en y a través de las formas concretas del lugar y del espacio y el tiempo. Comprender lo humano, tanto en su faceta colectiva como individual, supone comprender la articulación de los modos de vida y de acción en la medida en que estos se manifiestan sólo en relación con formas y estructuras topográficas y espacio-temporales, es decir, con maneras que están condicionadas fundamentalmente por lo topográfico. Esto significa que los rasgos básicos del análisis topográfico que identificamos antes en el apartado segundo (el lugar como *limitación y base*, abierto y dinámico, relacional y superficial) son directamente relevantes también para el análisis de lo humano.

En el núcleo de la noción de lo topográfico, está la idea de que las entidades y los acontecimientos no deben comprenderse en términos de algún tipo de estructura interna predeterminada, puesto que son, al contrario, esencialmente relacionales. Esto es, las entidades y los eventos están determinados en aquello que son debido a la manera en que se relacionan con otras entidades y eventos. El pensamiento topográfico es, a este respecto, esencialmente relacional u holístico. No obstante, la relacionalidad a la que me refiero aquí está, a su vez, condicionada, como ya apunté antes, por la regionalidad. Así, las relaciones no se ramifican de manera infinita, sino sólo dentro de ciertos límites. El holismo se ve siempre condicionado por el regionalismo¹⁷. Si esto no fuera así, entonces, las entidades relacionales se perderían ellas mismas en las redes de las que se suponen que son parte, a la vez que dichas redes se convertirían en poco más que un continuo indiferenciado¹⁸. De alguna manera, la idea de red es ya, de hecho, una forma particular de representación y, por tanto, aparece abstraída de aquello que representa. Como tal, puede llegar a ser equívoca si no se tiene en cuenta constantemente su carácter representacional. Las relaciones y, como consecuencia, también las redes relacionales dependen de la diferenciación de

17. (*N. de la T.*) En el sentido ya indicado anteriormente por el autor de un ámbito delimitado al que se le reconoce cierto carácter específico y cuya estructura tiene que ser analizada de manera no reduccionista, siempre en función de esa unidad previamente reconocida (que es el reconocimiento del predominio de un tipo de relación entre los lugares que compone dicha región).

18. (*N. de la T.*) Aquí la crítica de Malpas va expresamente dirigida a las perspectivas geográficas que han asumido el esquema de las ya mencionadas «ontologías planas» y no escalares, por su incapacidad para proporcionar una explicación adecuada acerca del orden y la orientación de la estructura interna de las relaciones que componen el lugar.

aquello que está en relación, y la diferenciación puede ser aquí comprendida precisamente como aquello que se da a través de la regionalidad. Esto no significa privilegiar lo relacionado sobre la relación (o viceversa), sino reconocer su correspondencia mutua. Éste (el de *mutuality*) es un concepto central para todo modo de pensar que sea genuinamente topográfico.

Esta misma idea de reciprocidad debe regir también cuando nos dispongamos a pensar lo humano en términos topográficos: la identidad humana es interdependiente de la identidad de los lugares en los que las vidas humanas están arraigadas. Es más, la propia fábrica de las vidas humanas (el carácter y la estructura tanto de la vida personal como de la colectiva) es también interdependiente del carácter de los lugares y de los espacios en que se desarrolla la vida. Asimismo, tal relacionalidad está siempre vinculada, en términos topográficos, a lo que he llamado «superficialidad», que significa que no hay una estructura subyacente a la que dicha relacionalidad pueda quedar reducida. De hecho, se trata de una relacionalidad de superficie, más que de profundidad. De manera similar, no existe una estructura más profunda en lo humano que la que se da en y a través de la estructura del lugar y del espacio. Podría aducir que este modo topográfico de pensamiento respalda aparentemente el tipo de análisis espacializados que uno encuentra en pensadores tales como Foucault y Lefebvre, aunque, en algunos aspectos, también se remonta al menos hasta Hume (en Malpas 1999a, y también en Malpas 1999b, he explorado, desde una perspectiva diferente, esta concepción no sustancialista del yo que dicha postura conlleva). Es importante destacar que, a diferencia de estos autores mencionados, el análisis espacializado que defiendo está basado en un juicio sobre la naturaleza del lugar y del espacio en tanto que tales. Es decir, no se trata meramente de que la naturaleza humana esté articulada topográfica y espacialmente, sino que lo topográfico y lo espacial en sí determinan elementos clave de la estructura y la forma de lo humano. Comprender topográficamente lo humano significa comprender lo humano en tanto que determinado en su estar siendo humano (*its being-human*) a través de su relación con el lugar y por medio de la cualidad relacional (*relatedness*) que se articula en él.

La manera a favor de la que estamos argumentando aquí de fundar la vida humana en el lugar no consiste en entender dicha relación como una mera «vinculación emocional» de las personas con los lugares, o de las colectividades humanas con los lugares. Se trata de algo mucho más básico y penetrante. A saber, que el propio contenido y significado de la vida humana están indisolublemente unidos a las entidades y a los acontecimientos concretos que constituyen los contextos medioambientales localizados en los que son vividas las vidas humanas. En este sentido, una comprensión topográfica de lo humano conlleva una concepción externalista del contenido (esto es, del «significado» de las actitudes, del habla y del comportamiento) y de la identidad, tanto individual como colectiva, lo que equivale a decir que el yo y la subjetividad están conformados por las circunstancias externas en las que se encuentran ubicados y hacia las que están orientados (véase, por ejemplo, Malpas, 1999a; y también

Malpas, 2010a, 2010b)¹⁹. La acción es central en esta estructura topográfica, ya que es la acción la que une, y a la vez constituye, al agente (el sujeto que actúa) con aquello hacia lo que la acción está dirigida (el objeto sobre el que se actúa)²⁰. Es conveniente recalcar que esta estructura no es limitadamente individualista, puesto que es aplicable tanto a la escala de la agencia social, como a la de la agencia que está enfocada en los individuos, y tampoco es subjetivista, ya que, aunque se trata de una estructura en la cual está necesariamente implicado el sujeto, no es una estructura sin más anclada *en* el sujeto, sino en la que el sujeto está él mismo anclado (y, siendo estrictos, esto vale también para el objeto). En este enfoque, es el lugar lo que adquiere prioridad en tanto en cuanto es aquello que unifica y diferencia, y, por ello, constituye y determina (véase Malpas, 1999a). El carácter externo del que se habla aquí tiene como consecuencia que la memoria, por ejemplo, no puede comprenderse como si fuera un elemento interno «en la mente», como si perteneciese a algún tipo de ámbito privado puramente «subjetivo». La memoria, como el significado, se da en y a través del mundo, en su materialidad concreta. De este modo, se sigue que una topografía filosófica da lugar directamente a una forma de «materialismo romántico», según el cual lo romántico *es* material (es decir, se da en lo concreto de las cosas), y lo material *es* romántico (las propias cosas forman parte del ámbito de la memoria y del significado). En cierto sentido, este tipo de «materialismo romántico» (cfr. Malpas, 2012c) converge con el creciente interés por la materialidad de lo humano, tal y como ha sido desplegado, por ejemplo, en lo que se conoce, de manera general, como los «estudios de cultura material» (*material culture*

19. (*N. de la T.*) La perspectiva topográfica de Malpas está fuertemente anclada en las perspectivas derivadas del denominado «giro externalista» en filosofía contemporánea de la mente y del lenguaje (con autores como Davidson, Putnam, Burge, etc.), que echan por tierra los presupuestos cartesianos de toda la filosofía moderna (el carácter interno de la justificación de las creencias y su subsiguiente visión del sujeto), al afirmar que son factores externos a la conciencia (es decir, la propia estructura del mundo) los que tienen un papel causativo en la fijación del significado y la justificación de las creencias del agente cognoscitivo, y no el contenido (de los estados mentales o de habla del sujeto), los que determinan el significado de las cosas. A efectos del tema del artículo, esta postura filosófica respecto del significado, la mente, el conocimiento y la acción respalda la importancia otorgada por Malpas al lugar como estructura que acoge y posibilita lo humano en tanto que tal. La defensa de la interdependencia ontológica del yo, los otros y el mundo (y, por tanto, también la propia superación de la dicotomía entre lo interno y lo externo) es central para entender el significado de la estructura topológica de la que habla Malpas.
20. Véase Malpas (1999a). Como en el caso de la materialidad discutida anteriormente, podría interpretarse que este hincapié en la acción converge con otras perspectivas que están de actualidad en la geografía y en la ciencia social contemporáneas, incluyendo en ello la teoría no representacional. No obstante, al igual que sucede con el énfasis en la materialidad, la manera en que la acción se entiende en el tipo de topografía filosófica esbozada aquí difiere de tales perspectivas en una serie de puntos cruciales. Se trata de un enfoque que está inserto en un marco ontológico más explícito, que se fundamenta de manera más fuerte en un análisis filosófico del fenómeno en cuestión (más que en un conjunto de tropos o asociaciones metafóricas), que evita las asunciones simplistas del constructivismo y que no da prioridad a lo político sobre otro tipo de consideraciones (lo cual no significa, por supuesto, que ignore lo político tampoco).

studies) (véase Hicks y Beaudry, 2010) y que también han tenido su eco en el trabajo de algunos geógrafos contemporáneos. Sin embargo, este tipo de interés por lo material se ha inspirado en unas fuentes diferentes, que presentan a menudo algunos de los mismos elementos filosóficamente problemáticos que aquellos evidentes en el tipo de posturas que ya hemos comentado antes (aquéllas asociadas con el constructivismo asumido en el «giro espacial» contemporáneo).

Hay una noción que resulta fundamental para la idea de lugar, y asimismo, por tanto, para la idea de una topografía filosófica, que es la de límite o delimitación (*bound or limit*), pues, como ya se ha indicado anteriormente, el lugar es la apertura dinámica que ocurre dentro de un ámbito delimitado. Desde esta postura, el límite o la delimitación se entienden como algo esencialmente *productivo*, más que algo meramente *restrictivo*. De sobra es conocida la cita de Heidegger de que «un límite no es aquello en lo que algo se detiene, sino [...] aquello a partir de donde algo comienza su presencia» (Heidegger, 1971: 154)²¹. Esta naturaleza productiva del límite concierne también a la propia noción de lugar: la finitud y la singularidad del lugar proporcionan precisamente la base para su carácter abierto y dinámico, que es lo que lo hace el único punto apropiado de entrada en la riqueza del mundo. De igual manera, la comprensión de lo humano como indisolublemente unido al lugar supone entender también lo humano en tanto que marcado y basado en esa misma finitud y singularidad: el carácter esencialmente localizado del ser no supone ningún tipo de restricción que nos haga ser menos de lo que podríamos llegar a ser, sino que, al contrario, alude a aquella cualidad gracias a la cual se nos ofrecen todas y cada una de las posibilidades disponibles. En este sentido, se da una curiosa interacción entre esta cualidad de tener lugar (*placedness*), entendida como una forma de *determinación*, y dicha cualidad entendida como aquello que permite la apertura de lo *indeterminado*, y donde la indeterminación significa la consecución de una multiplicidad de posibilidades, siendo ésta última esencial para la apertura de un mundo. Ser en el lugar es, por tanto, una cuestión del «aquí» y el «allí», de proximidad y de distancia, de singularidad y de pluralidad, de semejanza y diferencia. Ciertamente, todas estas nociones adquieren realmente significado o relevancia sólo en relación con el lugar.

Una vez que entendemos que la estructura del lugar está caracterizada por la interacción de lo «determinante» y lo «indeterminado», entonces no puede concebirse que el lugar en sí mismo o los lugares concretos (ni tampoco los

21. (*N. de la T.*) De nuevo, el contenido conceptual del término inglés *bound* (*Grenze* en la cita de Heidegger), tal y como Malpas hace uso de él, aparece aquí en todo su calado ontológico, por cuanto, además, recoge la riqueza del tratamiento aristotélico de la noción griega de límite (*peras*), que condensa el doble sentido del lugar donde acaba algo (y, por tanto, donde algo deja de ser lo que es) y el lugar donde empieza y que provoca que algo adquiera unidad por su límite. En esta última acepción, que es la que Malpas está evocando mediante la referencia a Heidegger, el límite es parte fundamental de la estructura del lugar y algo vinculado con el origen y el fundamento.

límites asociados a ellos) puedan ser capaces de recibir una determinación única y absoluta. En este sentido, el lugar y su estar delimitado presentan el mismo carácter que el de la horizontalidad de un campo visual: el horizonte funciona construyendo dicho campo y, por tanto, en cierto sentido, sí que lo determina, pero, sin embargo, el horizonte no puede convertirse en algo completamente determinado. Aquí la indeterminación puede comprenderse como una consecuencia de esa productividad del límite de la que hablábamos. Asimismo, el propio carácter del límite como algo que *conecta y separa* al mismo tiempo implica que la identidad del lugar que define el límite es también indeterminada, tanto en el caso de cada lugar que queda abarcado en él, como cuando éste está inserto dentro de otros lugares. Esto no supone que los lugares concretos carezcan de su propio carácter; significa, más bien, que su naturaleza es tal que admite siempre otras posibilidades, otras descripciones, siempre involucra otros lugares. Es esta misma indeterminación lo que hace imposible distinguir del todo a las personas de los lugares y de los sitios en que viven y en que sus vidas se articulan, del mismo modo que vuelve imposible que se puedan separar completamente las vidas individuales de las vidas de los otros, lo cual refuerza ese carácter entrelazado de lo humano y el lugar.

5. Conclusión: lugar, ética y crítica

En la medida en que el concepto de lugar está vinculado de manera fundamental a la noción de delimitación o límite, como se constata en el propio término griego *topos*, cualquier giro que se dé en el pensamiento hacia un interés central por el lugar (siempre que sea un verdadero giro «topográfico») tiene que ser, a la vez, un giro del pensamiento hacia la idea de delimitación o límite. Asimismo, si es cierto, como hemos sostenido en estas páginas, que el espacio sólo puede pensarse en su relación con el lugar, y no como si pudiera estar separado de él, entonces también este pensamiento sobre el límite o la delimitación tiene que ser central en cualquier giro espacial que se precie. No obstante, una gran parte del pensamiento geográfico y social contemporáneo se caracteriza precisamente por su desatención (y a veces incluso por su rechazo) a este tipo de ideas. Debido, precisamente, a este hecho, podría caracterizarse dicho tipo de pensamiento contemporáneo como uno que permanece dentro de un marco claramente moderno, ya que uno de los rasgos característicos de la modernidad, quizás el más definitorio, ha sido su oposición a la idea de delimitación o límite. La modernidad, entre cuyas variantes hay que incluir la posmoderna, podría entenderse por su característico intento de abolir los límites de lo humano, de trascender las limitaciones que impone el lugar, de abrir un ámbito de espacialidad sin restricciones. Una tentativa que se puede constatar en la preocupación acerca del aumento constante, sea de recursos, de productividad, de salud o de información, o en la obsesión con la velocidad y la inmediatez, así como en el empuje creciente hacia perspectivas y sistemas supuestamente globalizados. Curiosamente, se puede entender que es este proyecto moderno lo

que está detrás, tanto de las formas contemporáneas de capitalismo burocrático y corporativo, como, no con menor intensidad, en algunas formas de pensamiento social contemporáneo, incluyendo el pensamiento geográfico. Es por esto que la retórica espacializada que tanto abunda ahora, más que constituir un giro hacia el espacio o el lugar, es, en el fondo, un reflejo, en términos teóricos, de la misma reconfiguración modernista del mundo que ha ganado tanta fuerza en los últimos siglos. Por tanto, no se puede creer que sea algo incidental el que, por ejemplo, el lenguaje de las redes, los flujos y la conectividad esté con igual intensidad, tanto en el corazón del discurso corporativo contemporáneo, como en la propia teoría geográfica actual. Se trata del mismo modo o de la misma forma de representación del mundo en los dos casos y, en ambos, se trata de una forma de representación (incluso cuando se declara como «no representacional») que presta escasa atención al lugar o al límite (véase Malpas, 2012d).

Esta incapacidad de abordar adecuadamente el límite (y, especialmente, los límites y las limitaciones dentro de las que opera el propio pensamiento) es, en sí misma, un fracaso de la actividad crítica. La crítica, entendida en un sentido coherente con lo que venimos exponiendo, está topográficamente constituida, es decir, es una actividad, un modo de reflexión y de acción que depende de la atención al límite, a la delimitación y, por tanto, también al espacio y al lugar. Tal vez esto se haya hecho más patente que en ninguna otra parte en la interpretación de Kant de su propio proyecto crítico como una forma de «geografía racional», que, hasta cierto punto, se hace eco de la expresión anterior de Hume de «geografía mental» (Hume, 1999: 1.13), cuyo propósito era fundamentar el conocimiento mediante el establecimiento de la cartografía de sus verdaderos límites. De ahí que Kant concibiese originariamente la primera *Crítica* como una investigación de «los límites de la sensibilidad y la razón» (véase Kant, 1999: 132; Malpas y Thiel, 2011). También podría entenderse que es esta misma naturaleza topográfica de la crítica lo que justifica el énfasis de Heidegger en la prioridad de la interrogación: un cuestionamiento de este tipo, así como la escucha y la sensibilidad con las que éste está íntimamente conectado, implica esencialmente una orientación hacia el lugar del que emerge ese cuestionamiento y hacia el cual siempre nos dirige (véase Malpas, 2012a). Aquí, la conexión entre crítica, cuestionamiento y reflexión (ésta última entendida como un «volver la mirada», algo con un carácter, por tanto, espacializado) también viene a reforzar la estructura topográfica de la que estamos hablando.

Esta estructura no sólo es propia de la crítica, en un sentido general, sino específicamente de la actividad crítica, en la medida en que ésta conduce a un pensamiento y a un comportamiento éticos, así como también, me atrevería a añadir, en la medida en que conduce también a una política propiamente democrática (entiéndase por tal aquella política fundamentalmente basada en la capacidad de debate y toma pública de decisiones; véase Malpas, 2009, 2010a). Ésta es una conclusión particularmente importante, ya que, con mucha frecuencia, se asume sin más que cualquier pensamiento que da

importancia al lugar es éticamente problemático y políticamente reaccionario, hasta el punto de que ha sido interpretado como un tipo de pensamiento que proporciona la base de un impulso hacia actitudes o comportamientos excluyentes o incluso violentos. En estos casos, el argumento subyacente es simple: allí donde se predica que la identidad (individual o colectiva) posee un lazo fuerte con el lugar, la protección y la preservación de la identidad se convierten en un asunto de la protección y la preservación de dicho lugar. Por tanto, el mantenimiento de la identidad también se convierte en la preservación de las fronteras del lugar, de manera que se pueda prevenir cualquier intrusión de fuera. A pesar de que este argumento raramente se haga explícito (una excepción es Levinas, 1990), en realidad, es lo que está detrás de esa desconfianza generalizada del lugar en una buena parte del pensamiento geográfico y social. Se trata de una desconfianza que aparece confirmada de una forma especialmente fuerte por la política nazi y su supuesta dependencia de los conceptos de lugar y patria (lo que incluye la propia implicación de Heidegger con esa política; véase, por ejemplo, Bambach, 2003), y, todavía a un nivel más prosaico, por los conservadores racistas de todas partes que acompañan su racismo con declaraciones del amor por su país o su compromiso con su lugar de origen. Asimismo, esta idea de que existe una conexión fuerte con el lugar suele considerarse parte de una forma romántica de nostalgia que se considera de suyo retrógrada o reaccionaria (véase, por ejemplo, en este sentido, Trigg, 2006; para un tipo de tratamiento distinto de la noción de nostalgia, cfr. Malpas, 2012a: 161-176).

Las razones que hemos estado aduciendo en estas páginas deberían sembrar la duda acerca de la validez de algún tipo de argumento general del tipo anteriormente mencionado contra el lugar o contra cualquier pensamiento que dé centralidad al lugar. Efectivamente, tales argumentos normalmente dependen de un tratamiento del lugar que, en el fondo, va en contra de su propia naturaleza, puesto que tienden a ignorar la manera en que el lugar está tan estrechamente ligado con la identidad como con la diferencia, así como con la pluralidad y la indeterminación. Estos argumentos tienden a olvidar el carácter productivo del lugar en su relación con lo humano y, por tanto, desatienden la naturaleza ontológicamente básica de la relación entre aquél y el ser humano. Puesto que también pasan por alto el carácter productivo de la delimitación y del límite, tienden también, en consecuencia, a no darse cuenta de que la crítica está necesariamente basada en un reconocimiento de ambos y, con ello, del lugar. Asimismo, incluso en el caso de aquellos ejemplos históricos que se usan para reforzar el argumento a favor del carácter históricamente problemático del lugar, cuando son considerados detenidamente, acaban resultando ser argumentos mucho más equívocos de lo que a primera vista parecían (véase, por ejemplo, Malpas, 2006: 17-27; 2012a: 137-157). Sin embargo, hay razones considerables que permiten sugerir que el rechazo y la negación del lugar, así como de la conexión humana que se establece con el lugar, han sido tan destructivos como la reivindicación de una exclusividad basada en él. Esto es más obvio en el caso del medio ambiente, donde la falta

de atención hacia el espacio tiene una clara consecuencia en los posibles daños ecológicos, pero esta capacidad de destrucción también es evidente en términos humanos más inmediatos. Los desplazamientos de población en las Highlands escocesas y las consecuencias de las leyes de cercamiento en Inglaterra son dos de estos ejemplos, pero podrían enumerarse muchos otros casos de las experiencias de los pueblos indígenas en relación con los procesos de colonización y modernización, desde Australia hasta África y desde las Américas hasta Asia. Asimismo, el desplazamiento y la destrucción del lugar han sido utilizados deliberadamente como técnicas de guerra y opresión contra las comunidades y las personas desde tiempos antiguos hasta el presente. Así, el asolamiento de los lugares y de la cultura material asociada a ellos ha sido una técnica generalizada en tiempos de conflicto a lo largo de todo el siglo xx desde Lhasa hasta Sarajevo (véase, espacialmente, Bevan, 2006). La destrucción de la identidad y de la cultura judías por parte de los nazis en el holocausto fue llevada a cabo a través de formas de desplazamiento y desposesión de una manera que ha tenido un efecto continuado y fuerte en los supervivientes (véase Améry, 1966, y también Vansart, 2001).

Está fuera de duda el hecho de que el lugar y, de manera más general, las nociones topográficas pueden asumir formas problemáticas de discurso y de acción (igual como otras ideas clave acerca de lo bueno, lo justo, lo virtuoso o lo democrático, que tampoco son inmunes a que se haga uso de ellas para fines políticamente reaccionarios o éticamente sospechosos). Que un concepto sea utilizado con fines problemáticos no implica que el concepto sea problemático en sí mismo (aunque este hecho puede ser ya indicativo de la importancia o la centralidad de dicho concepto para la vida y el pensamiento humanos). Si nos atenemos estrictamente al propio carácter del lugar, más que a toda la retórica que, a menudo, le rodea, entonces vemos que aquél no sólo es una estructura central en la constitución misma de las cosas y, consecuentemente, también en la constitución de lo humano, sino que, además, el lugar resulta ser la base de la posibilidad misma de lo ético y lo político. Esto es así, en parte, debido a su conexión con la noción de crítica, tal y como la he esbozado antes, pero también debido a la manera en que lo humano se configura como tal por el hecho de darse siempre como algo emplazado, por su finitud esencial, su limitación y su fragilidad esenciales (véase Malpas, 1999a, 2012d). Volver al lugar significa regresar a lo humano, pero a lo humano entendido en su darse siempre en relación con, el estar siempre en uno, siempre en cuestión. En este sentido, la vuelta al lugar, lejos de alejarnos de lo humano, como Levinas afirma, nos lleva de nuevo a una genuina proximidad con lo humano, con nosotros mismos, así como con los otros, y, por tanto, también a una proximidad al verdadero terreno de la obligación, la responsabilidad y la sensibilidad éticas.

En este sentido, a la geografía, todavía le aguarda un verdadero giro topográfico, una vuelta al lugar, del mismo modo que una vuelta al espacio. Pero, dada la interconexión del lugar y el límite, así como del lugar y la actividad crítica, también podría argumentarse que, en geografía, de hecho, está todavía

pendiente un verdadero giro crítico (y esto a pesar de las constantes reivindicaciones críticas de la geografía contemporánea, que poco tienen que ver con lo aquí expuesto). Un giro crítico como aquel del que he hablado requeriría una sensibilidad mucho más atenta al espacio y al lugar, pero también a los propios límites y limitaciones de la geografía, es decir, al propio lugar o *topos* de la geografía. Sólo a través de esta atención más cuidadosa hacia el lugar podría la geografía llegar también a estar más próxima de lo que es y puede ser, y hacerlo, además, de una forma que sea relevante, tanto para la geografía cultural como para la física. No obstante, para que tenga lugar un giro topográfico de este estilo, la geografía necesitaría volver a tomar en consideración algunas cuestiones conceptuales básicas y renunciar a su inclinación actual hacia los excesos retóricos y polémicos. La vuelta al lugar, entendida como un regreso al sentido de límite y delimitación, supone, al cabo, una vuelta a cierto tipo de modestia y prudencia intelectual. Se trata, también, por último, de una vuelta a nosotros mismos y a un modo fundamental de preguntarse y de ejercer la crítica (sobre la propia crítica). Es justo esto lo que está en juego en la idea de una topografía filosófica.

Agradecimientos

(*N. de la T.*) Este trabajo de traducción está dedicado a la memoria de la filósofa Rocío Orsi (1976-2014), quien tan generosamente me animó y ayudó a buscar editor en España para los libros de J. Malpas. Si aquel proyecto inicial de traducción y edición no se llevó a cabo, a pesar de su buen consejo, sólo fue debido a atribuladas circunstancias que me llevaron a posponerlo *sine die*, y que hacen que ahora esta traducción se haya visto privada de lo que sin duda hubieran sido los inteligentes, agudos e irónicos comentarios de una magnífica traductora, brillante pensadora e inolvidable persona.

Referencias bibliográficas

- AMÉRY, Jean (1966). «How Much Home Does a Person Need?». En: *At the Mind's Limits: Contemplations by a Survivor on Auschwitz and Its Realities*. Bloomington: Indiana University Press, 41-61. Traducción al castellano de Marisa Siguan Boehmer y Eduardo Aznar Anglés: *Más allá de la culpa y la expiación: Tentativas de superación de una víctima de la violencia*. Valencia: Pre-textos, 2004.
- BACHELARD, Gaston (1994). *The Poetics of Space*. Boston: Beacon Press. Traducción al castellano de E. de Champourcin: *Poética del espacio*. 4a ed. FCE: México, 2000.
- BAMBACH, Charles (2003). *Heidegger's Roots: Nietzsche, National Socialism and the Greeks*. Ithaca: Cornell University Press.
- BERDOULAY, Vincent (1989). «Place, Meaning and Discourse in French Language Geography». En: AGNEW, John A. y DUNCA, James (eds.). *The Power of Place*. Boston: Unwin Hyman.
- BEVAN, Robert (2006). *The Destruction of Memory: Architecture at War*. Londres: Reaktion.

- CASEY, Edward S. (1996). *The Fate of Place: A Philosophical History*. Berkeley, CA: California University Press.
- (2009). *Getting Back into Place: Toward a Renewed Understanding of the Place-World*. 2a edición ampliada. Bloomington, Indiana: Indiana University Press.
- CASTELLS, Manuel (1989). *The Informational City: Information Technology, Economic Restructuring, and the Urban Regional Process*. Oxford: Blackwell. Traducción al castellano: *La ciudad informacional: Tecnologías de la Información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- CORNFORD, Francis Macdonald (1937). *Plato's Cosmology: The Timaeus of Plato translated with a running commentary*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- DAVIDSON, Donald (2001). «Three Varieties of Knowledge». En: *Subjective, Inter-subjective, Objective*. Oxford: Clarendon Press, 205-220. Traducción al castellano de Olga Fernández Prat: *Subjetivo, intersubjetivo, objetivo*. Madrid: Cátedra, 2003.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Felix (1987). *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. Traducción inglesa de Brian Massumi. Minneapolis: University of Minnesota Press. Traducción al castellano de José Pérez Vázquez y Umbelina Larraceta: *Mil Mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*. 3a ed. Valencia: Pre-textos, 1994.
- HEIDEGGER, Martin (1971). «Building, Dwelling, Thinking». En: *Poetry, Language, Thought*. Traducción inglesa de Albert Hofstadter. Nueva York: Harper & Row, 145-161. Traducción al castellano de Eustaquio Barjau: «Construir, habitar, pensar». En: HEIDEGGER, Martin. *Conferencias y artículos*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1994, 127-142.
- (1993). «Letter on Humanism». En: FARRELL KRELL, David (ed.). *Martin Heidegger: Basic Writings*. Londres: Routledge, 213-266. Traducción al castellano de Helena Cortés y Arturo Leyte: *Carta sobre el Humanismo*. 1a reimpresión. Madrid: Alianza Editorial, 2001.
- (2004). *Four Seminars*. Traducción inglesa de Andrew Mitchell y Francois Raffoul. Bloomington, Indiana: Indiana University Press. Traducción al castellano de Diego Tatán: *Seminario de Le Thor 1969*. Córdoba (Argentina): Alción Editora, 1995.
- HICKS, Dan y BEAUDRY, Mary C. (2010). «Introduction. Material Culture Studies: A Reactionary View». En: HICKS, Dan y BEAUDRY, Mary C. (eds.). *The Oxford Handbook of Material Culture Studies*. Oxford: Oxford University Press, 1-21.
- HUME, David (1999). *An Enquiry concerning Human Understanding*. Edición a cargo de T. L. Beauchamp. Oxford: Oxford University Press. Traducción al castellano de Jaime de Salas Ortueta: *Investigación sobre el conocimiento humano*. 1a reimpresión. Madrid: Alianza Editorial, 2002.
- HUSSEY, Edward (1983). *Aristotle's Physics Books III and IV*. Oxford: Clarendon Press.
- KANT, Immanuel (1998). *Critique of Pure Reason*. Traducción inglesa de Paul Guyer y Allen Wood: *The Cambridge Edition of the Works of Immanuel Kant*. Cambridge: Cambridge University Press. Traducción al castellano de Pedro Ribas y estudio introductorio de José Luis Villacañas: *Crítica de la Razón Pura*. Madrid: Gredos, 2010.
- (1999). *Correspondence*. Traducción inglesa de Arnulf Zweig. Cambridge: Cambridge University Press. Traducción al castellano y edición de Mercedes Torrevejano, y presentación de Juan José Carreras Ares: *Correspondencia*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2005.

- LEFEBVRE, Henri (1991). *The Production of Space*. Traducció de Donald Nicholson-Smith. Oxford: Blackwell. Traducció al castellano de Emilio Martínez y presentació de Ion M. Lorea y Emilio Martínez: *La producció del espai*. Madrid: Capitán Swing, 2013.
- LEVINAS, Emmanuel (1990). «Heidegger, Gagarin and Us». En: *Difficult Freedom: Essays on Judaism*. Traducció de Séan Hand. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 231-234. Traducció al castellano de Juan Haidar: «Heidegger, Gagarin y Nosotros». En: *Difícil Libertad*. Madrid: Caparrós Editores, 2004.
- LUKERMANN, Frederick (1961). «The Concept of Location in Classical Geography». *Annals of the Association of American Geographers* [en línia], 51, 194-210. <<http://dx.doi.org/10.1111/j.1467-8306.1961.tb00373.x>>
- MALPAS, Jeff (1999a). *Place and Experience: A Philosophical Topography* [en línia]. Cambridge: Cambridge University Press. <<http://dx.doi.org/10.1017/CBO9780511487606>>
- (1999b). «The Constitution of the Mind: Kant and Davidson on the Unity of Consciousness». *International Journal of Philosophical Studies* [en línia], 7, 1-30. <<http://dx.doi.org/10.1080/096725599341947>>
- (2006). *Heidegger's Topology: Being, Place, World*. Cambridge, Mass.: The MIT Press.
- (2009). «Ethics and the Commitment to Truth». *Trópos: Rivista di Ermeneutica e Critica Filosofica*, 2, 15-29.
- (2010a). «Truth, Politics and Democracy: Arendt, Orwell and Camus». En: SCHAAP, Andrew; CELERMAJER, Danielle y KARALIS, Vrasidas (eds.). *Power, Judgment and Political Evil: In Conversation with Hannah Arendt*. Franham: Ashgate, 133-145.
- (2010b). «Truth, Narrative, and the Materiality of Memory: An Externalist Approach in the Philosophy of History». *Journal of the Philosophy of History* [en línia], 4, 328-353. <<http://dx.doi.org/10.1163/187226310X536204>>
- (2011). «Philosophy, Topography, Triangulation». En: AMORETTI, Maria Cristina y PREYER, Gerhard (eds.). *Triangulation from an Epistemological Point of View*. Frankfurt: Ontos Verlag, 257-280.
- (2012a). *Heidegger and the Thinking of Place: Explorations in the Topology of Being* [en línia]. Cambridge, Mass.: The MIT Press. <<http://dx.doi.org/10.7551/mitpress/9780262016841.001.0001>>
- (2012b). «Putting Space in Place: Relational Geography and Philosophical Topography». *Planning and Environment D: Space and Society*, 30, 226-242.
- (2012c). «Building Memory». *Interstices: Journal of Architecture and Related Arts*, 13, 11-21.
- (2012d). «Fragility and Responsibility». En: BIRULÉS, Fina (ed.). *Vivir para pensar*. Barcelona: Paidós.
- (2014). «The Multivocality of Human Rights Discourse». En: YEATMAN, Anna y BIRMINGHAM, Peg. *The Aporia of Rights*. Londres: Bloomsbury.
- MALPAS, Jeff y THIEL, Karsten (2011). «Kant's Geography of Reason». En: ELDEN, Stuart y MENDIETA, Eduardo (eds.). *Kant's Geography*. Nueva York: SUNY Press, 195-214.
- MASSEY, Doreen (2005). *For Space*. Londres: Sage.
- MENIN, Sarah (2003). «Introduction». En: MENIN, Sarah (ed.). *Constructing Place: Mind and Matter*. Londres: Routledge.

- NORA, Pierre y KRITZMAN, Lawrence D. (eds.) (1996-1998). *Realms of Memory: Rethinking the French Past*. 3 vols. Nueva York: Columbia.
- ROSE, Michael y WYLIE, John (2006). «Animating landscape». *Environment and Planning D: Society and Space* [en línea], 24, 475-479.
<<http://dx.doi.org/10.1068/d2404ed>>
- SEARLE, John (1995). *The Construction of Social Reality*. Nueva York: Free Press. Traducción al castellano: *La construcción de la realidad social*. 3a ed. Barcelona: Paidós Ibérica, 1997.
- (2010). *Making the Social World: The Structure of Human Civilization*. Nueva York: Oxford University Press. Traducción al castellano: *Creando el mundo social*. México: Grupo Planeta México.
- SLOTERDIJK, Peter (2011). *Spheres Volume I: Microspherology*. Traducción inglesa de Wieland Hoban. Cambridge, Mass.: The MIT Press. Traducción al castellano de Isidoro Reguera: *Esferas I*. 5a ed. Madrid: Ediciones Siruela, 2004.
- THRIFT, Nigel (2008). *Non-representational theory: Space, politics, affect*. Londres: Routledge.
- TRIGG, Dylan (2006). *The Aesthetics of Decay: Nothingness, Nostalgia, and the Absence of Reason*. Nueva York: Peter Lang.
- VANSART, Jacqueline (2001). *Reclaiming Heimat: Trauma and Mourning in Memoirs by Jewish Austrian Reémigrés*. Detroit: Wayne State University Press.

Otras referencias citadas en las notas de la traductora

- ALLEN, John (2011a). «Topological twists: Power's shifting geographies». *Dialogues in Human Geography* [en línea], 1 (3), 283-298.
<<http://dx.doi.org/10.1177/2043820611421546>>
- (2011b). «Making space for topology». *Dialogues in Human Geography* [en línea], 1 (3), 316-318.
<<http://dx.doi.org/10.1177/2043820611421551>>
- COLLINGE, Chris (2006). «Flat ontology and the deconstruction of scale: A response to Marston, Jones and Woodward». *Transactions of the Institute of British Geographers* [en línea], 31, 244-251.
<<http://dx.doi.org/10.1111/j.1475-5661.2006.00201.x>>
- CRESSWELL, Tim (2004). *Place: An Introduction*. Inglaterra: John Wiley & Sons, 2015.
- ELDEN, Stuart (2011). «What's shifting». *Dialogues in Human Geography* [en línea], 1 (3), 304-337.
<<http://dx.doi.org/10.1177/2043820611421548>>
- MALPAS, Jeff (2012c). «Is there an Ethics of Place?». *Localities*, 2, 7-31.
- MARSTON, Sallie A. (2000). «The social construction of scale». *Progress in Human Geography* [en línea], 24 (2), 219-242.
<<http://dx.doi.org/10.1191/030913200674086272>>
- MARSTON, SALLIE A.; JONES III, J. P. y WOODWARD, K. (2005). «Human geography without scale». *Transactions of the Institute British Geographers*, 32, 264-276.
- PAASI, Anssi (2011). «Geography, space and the re-emergence of topological thinking». *Dialogues in Human Geography* [en línea], 1 (3), 299-303.
<<http://dx.doi.org/10.1177/2043820611421547>>
- PUENTE, Paloma (2011). «La reconstrucción de los enfoques críticos contemporáneos y el rol del espacio: Una visión desde la geografía». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 57 (2), 223-254.

- (2015). «Sobre ciertos lugares comunes del pensamiento geográfico contemporáneo. El interés de la aportación del filósofo Jeff Malpas al pensamiento acerca del lugar». *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 61 (2), 231-261.
- SAYER, Andrew (1997). «Essentialism, Social Constructionism, and Beyond». *Sociological Review* [en línea], 45 (3), 453-487.
<<http://dx.doi.org/10.1111/1467-954X.00073>>
- (2000). *Realism and Social Science*. Londres: SAGE.
- SPRINGER, S. (2014). «Human geography without hierarchy». *Progress in Human Geography* [en línea], 38 (3), 402-419.
<<http://dx.doi.org/10.1177/0309132513508208>>